

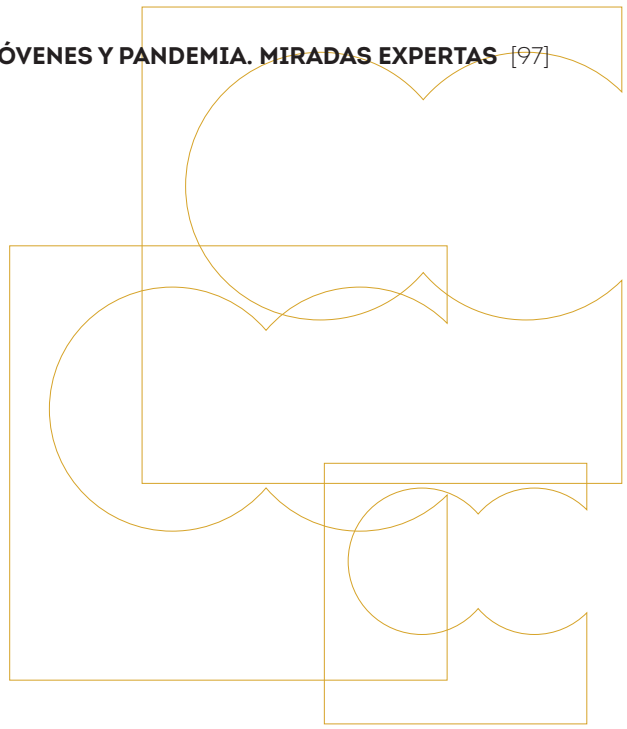
# PANDEMIA Y EMANCIPACIÓN

MAIALEN OLABE AGUIRRE

Presidenta de EGK (Consejo de la Juventud de Euskadi)



[TEXTO EN IDIOMA ORIGINAL]



**E**n contraste al tópico de que el virus del Covid-19 no distingue entre individuos, clases, ni territorios, sabemos con certeza, que la crisis derivada de ésta, no será igual para todos. Por ello, para empezar a hablar de cómo ha afectado la pandemia en la emancipación de las personas jóvenes, es importante echar la vista atrás y analizar cómo estaba la situación.

La crisis del 2008, provocó una recesión a nivel internacional que marcó un antes y un después en la economía estatal y que supuso un momento crítico para toda la sociedad. Las consecuencias de esta crisis fueron devastadoras, vimos despidos masivos, datos de desempleo muy altos, situaciones de pobreza extrema, desahucios... Por ello, es importante hacer referencia a esta crisis, ya que once años después, las personas jóvenes seguimos padeciendo las consecuencias.

Antes de que llegara la pandemia, podíamos ver como se repetían una

serie de fórmulas en el ámbito laboral que impedían tener un empleo de calidad. Las fórmulas de becas y contratos en prácticas reemplazaron muchos puestos de trabajo reales, o la encadenación de contratos temporales eran sólo algunas de las nocivas dinámicas laborales que las personas jóvenes sufrían en su entrada al mercado laboral. Las mujeres éramos, además, las peor paradas de esta situación. Por consecuencia, y debido al espejismo de que un mayor nivel de formación ofrece acceso a un mejor empleo, las personas jóvenes alargamos el período de formación, algo que supuso encontrarnos con una generación sobre cualificada en un mundo en el que encontrar empleo en condiciones dignas era todo un reto.

La precariedad laboral descrita anteriormente, nos lleva a una realidad de sueldos bajos e inestabilidad laboral que convirtió prácticamente inalcanzable el mercado de la vivienda. En esta línea nos encontramos con dos

barreras principales, los altos precios del alquiler y una realidad laboral que no permite acceder a la compra de una vivienda, a pesar de que sea, en muchos casos, más barato pagar una hipoteca que un alquiler.

Esta situación tuvo una repercusión directa en el desarrollo del proyecto de vida de las personas jóvenes. En Euskadi, nos encontramos con personas jóvenes queriendo irse de casa entre los 23 y los 25 años y la realidad de unos datos que demuestran que ese deseo no se cumple ya que la edad media de emancipación ronda los 30 años de edad.

En este contexto, nos encontramos con una segunda crisis que comienza en 2020 dándonos una sacudida a toda la sociedad y especialmente a los colectivos más vulnerables como son las personas jóvenes. La crisis de la Covid-19 supuso un parón, tuvimos que encerrarnos en casa durante un tiempo y un año y pico después seguimos sin tener una auténtica normalidad.

Esta crisis nos ha hecho dar pasos hacia atrás en muchos sentidos. El parón por la pandemia ha conllevado que muchas empresas hayan tenido que recurrir a los ERTES, despidos y en algunos casos han limitado o cesado las contrataciones. Esto nos hace retroceder en algunos avances, como por ejemplo en las mejoras de los índices de contratación que se empezaron a ver en el último lustro. Nos hace poner encima de la mesa, de nuevo, la preocupación por la falta de empleos, pero sobre todo de empleos de calidad.

La realidad laboral a la que nos enfrentamos, está directamente relacionada con que en el Estado Español un total de 228.600 personas de 16 a 35 años volvieron a vivir con sus padres a lo largo del año pasado, según indican los datos de la Media de Trimestres de la EPA que elabora el INE (Instituto Nacional de Estadística), que vuelve a situar esa cifra por encima de los seis millones de personas una década después.

Por ello, nos parece necesario marcar unos retos que estén en primera línea, de manera que podamos paliar en la mayor medida posible las consecuencias de la pandemia. Es necesario apostar por medidas que ayuden a desarrollar un proyecto de vida digno. Medidas que tengan una amplia perspectiva de la vida de las personas jóvenes, y no limitarse a ayudas paternalistas. Es necesario ir más allá del posible desarrollo de una familia y entender las personas jóvenes como individuos e individuos que necesitan los medios para un pleno desarrollo personal y vital.

Necesitamos una apuesta firme por el empleo de calidad, poniendo límites a prácticas que lejos de fomentar el desarrollo profesional de las personas jóvenes, abusan de su situación anteponiendo el beneficio de la persona que contrata e imposibilitan el desarrollo del proyecto de vida de las personas jóvenes. Esto significaría, acabar con prácticas abusivas e improcedentes como las becas laborales, los contratos en prácticas y los contratos temporales. Es necesario un aumento de inspecciones laborales para comprobar que se cumplen las normativas necesarias.

Consideramos imprescindible también, poner en el centro los cuidados y no olvidarnos de las enfermedades laborales a la que nos expone la precariedad laboral. Se prevé que la pandemia dejará muchas secuelas relacionadas con la salud mental, por lo que es necesario que la precariedad laboral no sea una carga mental añadida.

En esta línea, también vemos necesario tomar medidas aumentando el parque público que dé respuesta a los ingresos reales de las personas jóvenes y que nos permita vivir sin tener que destinar más de un 30% del sueldo. También es imprescindible, llevar un registro de viviendas vacías y darle salida al mercado a precios controlados, de manera que sirvan para dar respuesta a la creciente demanda de primera vivienda en alquiler.

Por último, es importante el fomento de viviendas que sigan la línea de nuevos modelos de viviendas y tipologías arquitectónicas, de manera que puedan dar respuesta a una mayoría poblacional que no sigue el modelo tradicional, y en concreto, a las personas jóvenes que buscan otros modos de convivencia. Cuando se habla de nuevos modelos de vivienda, se hace referencia a modelos alternativos como pueden ser las viviendas intergeneracionales, viviendas dotacionales, cohousing... modelos, en definitiva, que planteen espacios intermedios donde desarrollar también la vida en común.

En definitiva, es necesaria una gran apuesta por las personas jóvenes, no solo centrada en proyecto de futuro sino en su proyecto vital presente. Todas las personas nos merecemos que se nos brinde la posibilidad real de desarrollar un proyecto de vida digno.